

DE ARMARIO EN ARMARIO

La amistad en un río y un anillo

El río fluye a través del anillo

El anillo es una isla en el río

Octavio Paz

Como una semilla o el gajo de una planta. Así de valiosa considero la amistad. Se cuida. Se respeta. Va creciendo lenta, muy lenta. Se va consolidando con el trascurso del tiempo. Fluye. Madura. Nadie trata de cambiar al otro. Cada uno conserva su forma de ser. Se amoldan.

Mi amiga Otilia era una mujer de sonrisa franca y abierta, rara vez se enojaba. Muy curiosa, de carácter festivo. Levantaba el espíritu al más pesimista: "Me casé con un hombre honesto, trabajador pero aburrido. La vida no nos dio hijos. Me hubiera gustado ser mamá. Las amigas se casaron. Quedé viuda. Hoy vivo en un antiguo departamento de mis padres sobre la avenida Jujuy. Reparto mi tiempo entre el club de jubilados y la casa de mi vecina en el mismo piso. Una característica nos une: nos gustan los policiales. Alquilamos películas y nos reunimos para verlas. Rex, mi gato, se acurruca entre nosotras"

Mi vecina Otilia comenzó a interesarse por los placares. Decía que encierran secretos y que puede desarrollarse una vida dentro de ellos. Un día vino con la disparatada idea que podía pasar de una calle a otra a través de sus puertas. Yo la escuchaba. Llegué a pensar que tantas películas habían disparado su imaginación.

Una tarde nos reunimos a tomar el té. La noté eufórica. Me sorprendió: -Te invito a hacer una prueba. Anoche lo intenté y regresé sana y salva-

-¿De qué hablas?- le respondí mientras mordía una galleta de chocolate

-Acompañame, la seguí al palier, mirá esta rejilla en la columna, los otros días vi salir a un desconocido, tomó el ascensor y lo perdí de vista-

-No te puedo creer, ¿y qué hiciste?-

-Entré en la columna. Es un pasaje a otro departamento sobre Alberti-

-No puede ser-

-Vení conmigo, damos un paseo corto, en media hora estamos de vuelta. Tomá la linterna-

Confieso que me dejé llevar por la curiosidad. Me calcé la linterna, de esas que usan los mineros, en la frente. Traspusimos la rejilla. Bajamos, ascendimos un poco y aparecimos en el placard de un dormitorio. Escuchamos voces. Miré. ¡Era una vecina que vive sobre Matheu!. La conozco, me cruzo con ella a menudo.

Otilia me sonreía como si hubiera sacado el premio mayor. A mí me subió un frío por la espalda –Volvamos, le dije ¡Estamos invadiendo su privacidad!-

-¡Qué va! vamos, aquí a la izquierda hay escalones-

-Yo me vuelvo- le dije

-¿Sabés regresar?-

-Lo intento- Empecé la vuelta. Cuando creí que había llegado una voz grave, imperativa me detuvo: -¿Quién anda por ahí?-. El corazón me golpeaba fuerte

en el pecho. “Salí de ahí” mi razón me ordenaba. Subí unos escalones y aparecí en el departamento de mi amiga. ¡Qué alivio! Me serví un vaso de agua. Me desplomé en el sillón. ¡Esto no puede estar pasando!.

Me quedé dormida. Desperté. Atardecía. Los últimos rayos daban un color rojizo a las cortinas y a la cara de Otilia. Me miró con una sonrisa resplandeciente:

-Hubieras venido. Salí al living de un señor que estaba escuchando tangos en discos de vinilo. Me miró: –Te trajo la fortuna ¿me acompañas esta pieza?- No me iba a negar. Bailamos. Se llama Rómulo. Va a la milonga El Amague de Balvanera. Me invitó para la matiné del sábado-

Nuestras reuniones tomaron un ritmo inusitado. Cada tarde Otilia me contaba sus andanzas: conoció al bebé recién nacido de la vecina de un edificio sobre Virrey Ceballos. Ayudó a preparar el almuerzo a una pareja de ciegos que viven en la avenida Entre Ríos.

Paró unos días con sus incursiones intestinas. Hasta que desapareció un fin de semana. Me envió un mensaje por Whatsupp: -Estoy bien, no me esperes. Ya te contaré- El lunes a última hora me llamó: –Magia pura: salí al hospital de Niños. Aparecí en la nursery. No me preguntes como. Me quedé extasiada mirando los bebés. Se los ve tan frágiles. Además de las enfermeras los atendían las voluntarias. –¿Quiere empezar hoy?, mi cara lo decía todo, le diría que se familiarice, observe- me sugirieron. Y me quedé. Otra vez dije que sí. Me acerqué a una bebé: Catalina. Le canturreé despacito. Abrió los ojitos. Me miró. Me sonrió. Morí de amor-

Sola en mi casa reflexionaba: el Universo en sus infinitas vueltas, a veces, acaba siendo generoso.

Uno ignora que la vida puede cambiar de una fracción de segundo a otra.

Como dice Cortazar “La magia está en uno mismo. Si uno no la encuentra, es inútil buscarla en otros lugares”

Ahora que trascurrieron varios años me atrevo a confesar que yo también incursioné por el pasadizo que encontré en una columna del palier en planta baja. Vi salir de allí al encargado y me metí. Llevaba la linterna. Caminaba despacio. Por momentos el pasaje se estrechaba. Adelante vi una luz. Me asomé ¡Un atelier! Desbordaba de pinturas de barcos, prados. En un ángulo un señor canoso daba pequeños toques a un mar furioso. Esbozó una sonrisa. Me detuve en una tela donde una carita pensativa de niño miraba el cielo: –Es mi nieto Valentín, me sorprendió, siempre busca pájaros que vuelan, ramas que se bambolean. Lo señala con su dedito en alto- Vi sus ojos emocionados, su sonrisa embobada.

–Tomás un café, un té- me ofreció.

Se quitó el delantal lleno de colores fatigados. Quise explicar mi llegada inusual. –No te preocupes, me contás como llegar a tu casa y estamos a mano-

Me quedé en su mirada. Supe que podía confiar –¿Me enseñás a pintar una tarde lluviosa?- le pregunté -Ah querés empezar por el posgrado-

-¿Te parece bien el sábado a la tarde?-

Tenía un nuevo amigo.

Un domingo con mi amiga Otilia quedamos para ir al cine. Estrenaban la última película de Woody Allen. No apareció. Su celular apagado. Fui hasta su casa. Me recibió Rex. Me asomé al placard. La llamé con todas mis fuerzas: -Nadie por acá- escuché. Me estremecí. “¿Quién era?, ¿Otilia dónde estaba?”. Pensé en ir a la policía. “¿Les diría la verdad? ¿Y si estaba en peligro?”

Muy nerviosa encendí la radio. Lo que escuché me dejó de una pieza: “ULTIMA NOTICIA Una señora sexagenaria revela que atraviesa la ciudad por túneles entre paredes. La están atendiendo en el hospital Argerich”. En minutos estaba allí. La encontré en la Guardia, magullada, con raspones en la cara, brazos.

Entre lágrimas me contó: Salí a una gran cocina, muy bulliciosa, una gran mesa donde trozaban carne, gatos que comían restos por el suelo. Más allá vi hornallas encendidas con ollas, gente que iba y venía. Hasta que un joven con una cuchilla me vio y sin preguntar comenzó a perseguirme. Gritaba en chino o algo parecido. No me dejaba explicarle. Corrí, patiné, me levanté como pude. Salí al salón, vi mesas, caí. Llamaron al Same. Me asusté mucho. ¿Vamos a casa?-

En el taxi de vuelta le pregunté: -¿Viste a alguien por los pasajes?-

-Ahora que lo decís me pareció ver una sombra en una curva. En otro momento sentí como que alguien respiraba cerca-

-La aventura se torna peligrosa- le advertí

Y sucedió. A la mañana siguiente una multitud de reporteros con micrófonos, cámaras invadían parte de Jujuy. Oscar, el encargado, se enojó: -Atrás, atrás me ensucian la vereda-. Llegó un coche de policía. Cortó el tránsito.

Otilia bajó. Apenas apareció se abalanzaron sobre ella. –No voy a hacer declaraciones. Mi amiga dirá unas palabras- Improvisé: -La señora pasó por una situación traumática. Se está recuperando. Más adelante dará su versión de la historia. Gracias- Arreciaron las preguntas. Nos retiramos.

-Vas a tener que replantearte tus próximos pasos- le sermoneé.

No tocamos más el tema. Solo hablaba de los bebés. Tres veces por semana pasaba varias horas en la nursery o en pediatría.

A veces venía triste pero un día volvió saltando de alegría: -¡Hoy le dieron de alta a un chiquito prematuro! No puedo estar más feliz!-

Tienen razón los que dicen “la vida es un rompecabezas, solo hay que encontrar las piezas que encajen entre sí”

Nuestras tardes de películas y merienda se espaciaron.

Los sábados íbamos a la milonga. “El Amague”.

Mi amigo pintor resultó ser buen compañero de baile.

CILAIA